

CAPÍTULO XI

De la violencia que no llega en titulares o de lo que don Justo Severo no supo ver en el cuarto derecha

Esteban Pinar era un hombre tranquilo. O eso parecía, que es exactamente el problema con los hombres tranquilos de cierto tipo: que parecen lo que no son o más exactamente, que la tranquilidad que muestran hacia afuera no tiene nada que ver con lo que ocurre hacia adentro, en el espacio cerrado del hogar donde la tranquilidad no tiene testigos y por tanto no necesita mantenerse.

Vivía en el cuarto derecha desde hacía siete años con su mujer, Amparo y una hija de catorce que se llamaba Nuria y que tocaba la flauta con una disciplina que don Justo había escuchado durante años a través del forjado del techo de su apartamento de planta baja, porque la acústica de los edificios viejos no distingue entre privacidad y comunidad.

Don Justo había anotado a Esteban Pinar en el cuaderno hacía meses, en una entrada que decía:

Vecino 4º dcha. Perfil reservado. Mínima interacción en zonas comunes. Responde a saludos con monosílabos. Posible introversión extrema o actitud evasiva deliberada. Pendiente de observación.

La anotación reflejaba con precisión el sesgo que don Justo llevaba meses cultivando: el hombre callado como sospechoso potencial, el perfil reservado como indicador de riesgo, la introversión como variable a investigar. Era la mirada del true crime aplicada a un vecino real: buscando el monstruo en la conducta ordinaria, sin ver lo que la conducta ordinaria estaba ocultando.

Porque Esteban Pinar no era el peligro. Era quien ejercía el peligro. Y el peligro no estaba en el rellano ni en la forma en que respondía a los saludos. Estaba al otro lado de la puerta del cuarto derecha, donde Amparo llevaba meses construyendo estrategias de invisibilidad que don Justo, con toda su metodología, no había sabido leer.



De lo que don Justo había visto sin ver

Las señales habían estado ahí. Don Justo las había registrado, incluso, en el cuaderno, bajo epígrafes distintos que nunca había conectado entre sí porque ninguno de ellos encajaba en el esquema del crimen que buscaba.

En octubre había anotado: *Vecina 4º dcha. Cancela cita con Remedios alegando indisposición. Segundo mes consecutivo.* Lo había registrado como dato menor, sin relevancia.

En noviembre: *4º dcha. Amparo baja al buzón siempre acompañada del marido o no baja.* Lo había catalogado como costumbre de pareja, sin más.

En enero: *Nuria, 4º dcha. Deja de bajar a jugar con la hija de los Fuentes. Sin explicación aparente.* Lo había dejado sin hipótesis porque las hipótesis que tenía disponibles no encajaban.

En ninguna de esas entradas había escrito la palabra correcta, que era **control**. Control del tiempo, del espacio, de las relaciones sociales, de la movilidad. El patrón estaba en el cuaderno, repartido en tres entradas distintas que nunca había leído juntas.

Lo supo Remedios antes que él, porque Remedios no tenía cuaderno y por tanto miraba las cosas enteras en lugar de por partes. Lo supo en febrero, en una conversación de rellano en que Amparo dijo que no podía quedar para el café de los jueves porque Esteban prefería que estuviera en casa cuando llegaba de trabajar y lo dijo con la naturalidad forzada de quien lleva mucho tiempo describiendo como preferencia lo que es imposición.

Remedios no dijo nada en ese momento. Pero esa noche le habló a don Justo.

—Lo de Amparo del cuarto —dijo.

—¿Qué pasa? —dijo don Justo, con el cuaderno cerrado porque era tarde.

—No estoy segura. Pero algo no está bien.

Don Justo abrió el cuaderno y buscó las entradas del cuarto derecha. Las leyó en voz alta, una por una. Y al terminar, las miró juntas por primera vez.

No dijo nada durante un momento.

—Llevaba meses sospechando de él —dijo finalmente— por las razones equivocadas.



De los mitos que impiden ver y de lo que Inés llevaba tiempo explicando

El episodio 67 de *La Raíz del Asunto* se titulaba "*Violencia de género: los mitos que nos impiden reconocerla*" y don Justo lo había escuchado dos meses antes sin aplicarlo a nadie de su entorno, porque los episodios de Inés los escuchaba como formación general, no como guía de campo.

Inés enumeraba los mitos con la precisión de quien los ha visto funcionar demasiadas veces.

—El primero: el agresor es un monstruo reconocible. La realidad es que la violencia de género la ejercen personas perfectamente integradas socialmente, con trabajo, con familia, con una imagen pública que nada tiene que ver con lo que ocurre en el espacio privado. La imagen del monstruo nos hace buscar al monstruo y nos impide ver al vecino tranquilo, al compañero amable, al marido que en el rellano dice los buenos días.

—El segundo: si fuera tan grave, ella se iría. La realidad es que las razones por las que una víctima de violencia de género no abandona la relación son complejas y documentadas: dependencia económica, miedo a represalias, vergüenza social, aislamiento del entorno de apoyo, ciclos de reconciliación que generan vínculos difíciles de romper y la certeza, muchas veces fundada estadísticamente, de que el momento de mayor peligro es precisamente el de la separación.

—El tercero: es un asunto privado, de pareja. La realidad es que la violencia de género es un delito público que el entorno puede y debe contribuir a detectar. No para sustituir a las instituciones, sino para ser la primera red de apoyo que hace posible que la víctima dé el primer paso. Ese primer paso, casi siempre, empieza por alguien del entorno que dice: *lo que me estás contando no es normal y no estás sola*.

Don Justo había anotado todo eso dos meses antes. Con pluma azul y rotulador amarillo en las frases que le parecían especialmente importantes. Y había continuado sospechando del vecino del cuarto derecha por su perfil reservado, por sus monosílabos, por su introversión aparente.

El conocimiento que no se conecta con la realidad que uno tiene delante no es conocimiento. Es decoración intelectual.



De lo que Remedios hizo y de cómo lo hizo

Remedios no llamó al 016 en nombre de Amparo, porque eso no es lo que se hace cuando no se tiene certeza y cuando la persona no ha pedido ayuda. Lo que hizo fue más sencillo y más difícil al mismo tiempo: volvió a quedar con Amparo para el café de los jueves, esta vez en casa de Remedios y le dijo que no importaba si Esteban prefería que estuviera en casa, que el café era a las cuatro y que era hora de sobra de volver antes de que él llegara.

Amparo tardó dos semanas en venir. Cuando vino, llegó cinco minutos antes de lo acordado y se fue diez minutos antes de lo necesario, con la mirada en el reloj de la manera específica de quien tiene el tiempo contado por alguien que no está en la habitación.

Remedios no le preguntó nada. Le puso el café, le ofreció un trozo de bizcocho y habló de sus cosas. Al cabo de un rato, Amparo dijo:

—A veces pienso que exagero.

Remedios dejó la taza.

—¿Exageras con qué?

—Con todo. Con cómo me siento. Con la sensación de que todo lo que hago está mal. A lo mejor es cosa mía.

—¿Él te dice que es cosa tuya?

Amparo no contestó. Pero la forma en que no contestó era una respuesta.

—Amparo —dijo Remedios, con la calma que se reserva para lo que importa—. Que alguien te haga sentir que todo lo que haces está mal, que no puedes quedar con una amiga, que tienes que estar en casa cuando él llega, que tus propias percepciones son exageradas... eso no es cosa tuya. Eso tiene nombre.

Amparo miró la taza.

—No me pega —dijo, en voz muy baja.

—Ya lo sé —dijo Remedios—. Pero hay más formas de hacer daño que con las manos.

Esa tarde, Remedios le dio a Amparo el número del 016 escrito en un papel pequeño, del tamaño de un recibo, que Amparo podía llevar en el monedero sin que se notara. Le explicó que era gratuito, que no dejaba rastro en la factura del teléfono si se llamaba desde el propio móvil y se borraba después y que no tenía que tener nada decidido para llamar. Solo tenía que llamar.

Amparo guardó el papel. No dijo si llamaría. Pero lo guardó.



De lo que don Justo aprendió esa tarde

Don Justo estaba en el despacho cuando Remedios volvió. Tenía el cuaderno abierto en las entradas del cuarto derecha, que había releído tres veces desde la noche anterior buscando lo que había tenido delante sin verlo.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—Ha venido —dijo Remedios—. Eso ya es algo.

Se sentó frente a él y le contó la conversación, sin nombres, con el tacto de quien sabe que la información de otra persona no es suya para distribuir libremente. Le contó lo suficiente para que don Justo entendiera.

Don Justo escuchó. Luego miró el cuaderno. La entrada de octubre sobre el perfil reservado de Esteban. La entrada de noviembre sobre el buzón. La de enero sobre Nuria y la flauta.

—Llevaba meses sospechando de él —dijo— porque era callado.

—Ya —dijo Remedios.

—Y no vi lo que estaba pasando en el cuarto derecha.

—No. No lo viste.

Don Justo cerró el cuaderno. No lo abrió en el resto del día.

Esa noche, antes de dormirse, pensó en el episodio 67 de Inés y en el mito del monstruo reconocible. Pensó en que había buscado durante meses perfiles de riesgo y que el riesgo real había estado en el piso de arriba, invisible a su metodología, repartido en tres entradas del

cuaderno que nunca había leído juntas porque cada una, por separado, no encajaba en el esquema.

Treinta y un años de portería le habían enseñado a conocer a los vecinos. Nueve meses de true crime le habían enseñado a desconfiar de ellos. Y ninguna de las dos cosas, por sí sola, era suficiente para ver lo que Remedios había visto con una taza de café y media hora de silencio bien administrado.

Antes de cerrar los ojos, hizo una cosa: buscó en el móvil el número 016 y lo guardó en la agenda bajo el nombre *Información*. Por si alguna vez lo necesitaba dar. Por si alguna vez alguien se lo pedía y él necesitaba tenerlo a mano sin buscar.

Era un gesto pequeño. Pero era el primero que hacía con el conocimiento adquirido en las pantallas orientado exclusivamente hacia afuera, sin cuaderno, sin metodología, sin hipótesis numeradas. Solo un número de teléfono guardado en la agenda para el momento en que pudiera servir de algo real.

El 016 es el teléfono de atención a víctimas de violencia de género en España. Es gratuito, disponible las 24 horas y no aparece en la factura del teléfono. También se puede contactar por WhatsApp en el 600 000 016 y por correo en 016-online@igualdad.gob.es. Si existe riesgo inmediato, llame al 112.

No son casos. Son personas.

CUARTA PARTE

Del despertar, que no fue ruidoso y de lo que quedó después

CAPÍTULO XII

En que Modesto Fama Cuesta comienza a dudar y don Justo Severo no

CONTINUARÁ ...

— Don Justo Severo Recio, portero jubilado de Olmeda del Espino —

*En mis tiempos de portería aprendí que el daño casi nunca llega
anunciándose. Llega por un SMS que parece del banco,
por una pantalla encendida a deshora, por el silencio
de quien tiene vergüenza de contar lo que le pasó.*

*Ya no hay gigantes que combatir. Ni siquiera molinos de viento.
Los enemigos de hoy no tienen cuerpo ni cara: son algoritmos,
son perfiles falsos, son puertas que alguien dejó abiertas sin querer.*

*Y no hay bálsamo de Fierabrás que cure esto.
Solo hay ciencia: la que estudia cómo operan quienes hacen daño.
Y hay entendimiento: el de quien aprende a ver las señales
antes de que el daño ya esté hecho.*

Quien auxilio requiera, que hable.

*No hace falta que sea un caso.
Hace falta que sea una persona. Y eso ya lo es.*

*No prometo hazañas. Prometo escuchar, preguntar a quien sabe más
que yo, y no inventarme el remedio si no lo conozco.
Que eso, ya lo he aprendido a tiempo, suele ser suficiente.*

Dulcinea del True Crime · No son casos. Son personas.